

JUAN E. HERNÁNDEZ Y DÁVALOS

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA
DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE MÉXICO

DE 1808 A 1821

TOMO II

Coordinación

VIRGINIA GUEDEA
ALFREDO ÁVILA



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
2007

NÚMERO 171

Número uno de *El Despertador Americano*, correo político económico de Guadalajara

NÚMERO 1

EL DESPERTADOR AMERICANO. CORREO POLÍTICO ECONÓMICO DE
GUADALAJARA DEL JUEVES 20 DE DICIEMBRE DE 1810

A todos los habitantes de América

Europeos establecidos en América: desde el principio de la invasión de la monarquía por los franceses, no habéis cesado de darnos las más fuertes, las más violentas sospechas de que sois reos (ha habido, y hay entre nosotros españoles de una probidad superior a todo justo reproche. Aquí hablamos de los que han mantenido una correspondencia criminal con el intruso José, de los que se han opuesto a la defensa de la América para facilitar la entrada en ella, a los galos y que han tratado de perpetuar nuestra esclavitud) de alta traición. Desde aquella época azarosa, habéis estado repitiendo incesantemente a la faz del mundo entero los juramentos más solemnes de vencer, o morir por la religión y por Fernando, atacados juntamente por los vándalos modernos; y os habéis empeñado al mismo tiempo con una obstinación inaudita a permanecer indefensos; habéis jurado conseguir un fin; y os habéis resistido a adoptar los medios únicos conducentes a su logro; haciendo de este modo vano e ilusorio uno de los actos más sagrados de la augusta religión que profesamos o burlándoos descaradamente de Dios, y de los hombres. Perjuros sólo habéis tratado de adormecernos, y de engañar nuestro candor. Es verdad, que al principio de tan violenta crisis. Vuestra conducta desleal no se manifestó desde luego en toda su abominación. El estado inerme del reino parecía disculpable, suponiendo que contentos con nuestros sacrificios pecuniarios

fiabais la defensa de nuestros más caros intereses religiosos y sociales al valor de los hijos de la metrópoli, y a los esfuerzos de las potencias aliadas. Los primeros sucesos del pueblo español contra el poder colosal del tirano, lisonjeándonos con las más halagüeñas esperanzas de una completa y final victoria, nos hacían descansar en el denuedo, magnanimidad de intrepidez de pueblo tan virtuoso y tan guerrero, y justificaban el reposo e inacción de las colonias. Pero luego que los sabios, los políticos de España, esto es los traidores, socolor de templar la demasiada impetuosidad del pueblo, y de sujetarle a una táctica, que sólo se aprende con el tiempo, no hicieron más de amortiguar su militar ardor, y prepararle a sus futuras derrotas; cuando enjambres numerosos de conscriptos inundaron la península, para atrapar la presa que se escapaba, y cubrir la vergüenza de los invencibles derrotados; cuando provincias enteras se sometieron por sí mismas al yugo, y comenzaron a prevaricar las primeras columnas de la nación; en fin, cuando la Austria hubo aceptado su vergonzosa paz y ocupada por el intruso Sevilla, sin disparar un cañonazo, la misma junta central en más zozobró en el diluvio de la común deslealtad ¿no amenazó a las posesiones coloniales el más evidente peligro de ser arrebatadas de tan impetuoso y desecho torbellino? ¿No debimos los americanos, en desempeño de la fe jurada, tomar luego una actitud guerrera, y ponernos en un respetable estado de defensa? ¿Había otro arbitrio de precaver una invasión galo hispana, que el de prepararse a rechazarla con las armas, según la trillada máxima: *¿si vis pacem, para bellum?* Las miras del tirano eran notorias, los papeles más sediciosos, las más incendiarias proclamas penetraban hasta las más remotas provincias del reino, sembrando, para corrompernos los medios más poderosos de la seducción. En coyuntura tan inminente y tan crítica, no correr a las armas ¿no era un manifiesto crimen contra la religión, y el Estado? Y si vuestras relaciones con los dominados por el usurpador, si vuestra larga mansión en este país de delicias, que disfrutáis

vosotros solos, si vuestra molicie y afeminamiento, efecto de vuestro inmoderado lujo y excesiva riqueza, si vuestra feroz e insaciable codicia, si vuestro invencible apego a vuestros tesoros no os permitían abandonar la sombra de vuestras moradas, para arrostrar el sol ardiente, y asoladoras plagas de nuestras costas marítimas, a fin de guarnecerlas contra toda irrupción enemiga ¿por qué habéis querido privarnos a nosotros (medida era ésta tan esencial y forzosa, que el mismo Alfaro, director del arzobispo virrey, mandó colectar un donativo para surtir de armas el reino, pero todo ello no pasó de una ridícula farsa, excepto la colección del dinero) esta defensa, a nosotros más aptos para ello como al fin endurecidos en la adversidad y los trabajos? ¿Por qué habéis querido hacernos cómplices de vuestros execrables perjuros? ¿Por ventura la religión cristiana no prescribe unas mismas obligaciones y deberes al europeo, que al americano? ¿Sólo el gachupín estará obligado a derramar su sangre por su fe, y no lo estará el criollo igualmente? ¿O los franceses sólo serán enemigos de la religión en España, y protectores de sus dogmas en el imperio mexicano? Si sois consecuentes a los principios de que siempre habéis hecho tanto alarde, o confesad de buena fe la justicia de la causa americana, y la necesidad estrecha que Dios y la patria, la religión y Estado, la conciencia y el honor nos imponen de tomar las armas para defender lo que más amamos sobre la tierra; o bien quitaos de una vez la máscara, y publicad sin rebozo que todas vuestras declamaciones contra la impiedad francesa no han sido más que calumnias, imposturas y ardidés de vuestra política. ¡Santo cielo! ¡Y que haya mentecatos entre nosotros, que se dejen seducir y alucinar sobre la justicia de nuestra común causa, y duden aún desenvainar la espada para sostener los derechos sacrosantos del altar, y de la patria! ¡Que no falten almas mercenarias y viles que por un mezquino salario, debiendo esperar más de nosotros, se vendan a nuestros implacables enemigos para derramar la sangre de sus hermanos que han acudido a las armas, no para quitar la vida a

los europeos, como lo hacen ellos (abominamos la conducta bárbara y atroz de nuestros feroces enemigos que a sangre fría, y fuera del campo de batalla, cometen los más crueles asesinatos, quitando de este modo toda esperanza de acomodamiento. Si entre nosotros, algunos individuos del bajo pueblo se han propasado a cometer algunos excesos, el gobierno ha manifestado luego su desaprobación, y ha tomado medidas eficaces para precaverlos) con nosotros sino sólo para manifestarse verdaderos hijos de la Iglesia y defensores ardientes de su patria!

¡Nobles americanos! ¡Virtuosos criollos! Celebrados de cuantos os conocen a fondo por la dulzura de vuestro carácter moral, y por vuestra religión acendrada! Despertad al ruido de las cadenas que arrastráis ha tres siglos; abrid los ojos a vuestros verdaderos intereses, no os acobarden los sacrificios y privaciones que forzosamente acarrea toda revolución en su principio, volad al campo del honor, cubríos de gloria bajo la conducta del nuevo Washington que nos ha suscitado el cielo en su misericordia, de esa alma grande, llena de sabiduría y de bondad, que tiene encantados nuestros corazones con el admirable conjunto de sus virtudes populares y republicanas. Coronaos de nuevos laureles acabando de destrozar al enemigo, o forzándole a adoptar nuestros designios saludables y patrióticos. Fortificad los puertos, guarneced los puntos todos de una y otra costa, por donde puedan invadirnos los galos. Avivad vuestro valor, y vuestra fe a vista de los señalados triunfos, con que hasta aquí os ha premiado el gran Dios de los ejércitos. Volved los ojos al pontífice santo de Roma, al paciente y venerable Pío, aherrojado por los opresores de la España, que os clama desde lo profundo de su calabozo, para que conservéis en América un asilo a la religión de Jesucristo, fugitiva de la Europa, y amenazada (¡Qué gloria! Qué dicha inexpugnable la nuestra de tenernos Dios destinados para uno de los instrumentos del cumplimiento de aquellos oráculos de los Libros Santos: *ideo dico vobis, quia auferetur a*

vobis regnum Dei & divitur gencit facienti fructus ejus, Mateo C. 21. Regnum agente in gentem transfertur propter injusticias, & injurias, & contumilias, & diversos dolos, Eccl. C. 10 V. q.) de un total exterminio por los Napoleones.

¡Hermanos errantes! ¡Compatriotas seducidos! No fomentéis una irrupción de los españoles afrancesados en vuestra patria, que la inundarían de todos los horrores del vandalismo, y de la irreligión; los mismos europeos que entre nosotros habitan, por sus enlaces de todo género con los renegados, favorecen abiertamente esta irrupción, y aspiran a ella con descaro manteniendo el reino indefenso. ¡Ciegos! Al resistir a vuestros hermanos y libertadores, resistís a vuestro propio bien; os remacháis. Vosotros mismos la cadena de la servidumbre, desgracia indefectible que os anuncia hasta el título mismo del traidor, y sanguinario conde que os conduce a nuestra común destrucción. Lo más sensible es, que después de todo en la amargura y peso de vuestra opresión no tendréis el consuelo de la religión católica, que en la pérdida de vuestra libertad y demás bienes temporales os alentaría con la esperanza de los eternos. Porque desengañaos pervertidos americanos, todos los países dominados por los monstruos que abortó la Córcega tarde o temprano han de ser tocados del contagio del ateísmo que profesan, y han diseminado aquellos déspotas.

¡Generosos ingleses! ¡Nación incomparablemente justa, y profundamente política! Nosotros somos ahora los verdaderos españoles, los enemigos jurados de Napoleón, y sus secuaces, los que sucedemos legítimamente en todos los derechos de los subyugados que ni vencieron, ni murieron por Fernando. El honor, la política, los intereses de vuestro comercio, y vuestros más solemnes empeños, todo os estrecha a continuarnos vuestra poderosa (sólo un ignorante estúpido dejará de haber advertido que ya estamos disfrutando los efectos de esta alianza, aun antes de haberla negociado por nosotros mismos; tan enlazada está nuestra independencia con la gloria e intereses de la Gran Bretaña. Hace más

de tres meses que principió nuestra revolución gloriosa, tiempo en que no han cesado de llegar buques ingleses a Veracruz. Si aquella nación sabia hubiera querido auxiliar a los europeos contra nuestros justos esfuerzos, nos hubiera ocasionado algún perjuicio con sólo dar a nuestros enemigos un cañón y seis marineros de cada embarcación, y algunos negros sacados de sus islas del seno mexicano) alianza. Con el auxilio de vuestras escuadras.

La edición del tomo II de la *Colección de documentos para la historia de la Guerra de Independencia de México de 1808 a 1821* estuvo a cargo de

Edna Sandra Coral Meza
Rosa América Granados Ambriz
Raquel Güereca Durán
Rodrigo Moreno Gutiérrez
Eric Adrián Nava Jacal
Gabriela E. Pérez Tagle Mercado
Claudia Sánchez Pérez

PROYECTO DGAPA PAPIIT IN402602